

—Respondió que á Zaragoza á hallarse en las justas del arnes, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años.—Dijole Don Juan, que aquella nueva historia contaba, como Don Quijote, sea quien se quisiere, se habia hallado en ella en una sortija, falta de invencion, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades.—Por el mesmo caso, respondió Don Quijote, no pondré los piés en Zaragoza, y así sacaré á la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el Don Quijote que él dice.—Hará muy bien, dijo Don Gerónimo, y otras justas hay en Barcelona donde podrá el señor Don Quijote mostrar su valor.—Así lo pienso hacer, dijo Don Quijote, y vuestas mercedes me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores.—Y á mí tambien, dijo Sancho, quizá será bueno para algo. Con esto se despidieron, y Don Quijote y Sancho se retiraron á su aposento, dejando á Don Juan y á Don Gerónimo admirados de ver la mezcla que habia hecho de su discrecion y de su locura, y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos Don Quijote y Sancho, y no los que describia su autor Aragonés. Madrugó Don Quijote, y dando golpes al tabique del otro aposento se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase menos la provision de su venta, ó la tuviese mas proveida.



CAPÍTULO LX.

De lo que sucedió á Don Quijote yendo á Barcelona.

ERA fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimesmo el dia en que Don Quijote salió de la venta, informándose primero, cuál era el mas derecho camino para ir á Barcelona, sin tocar en Zaragoza; tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió pues que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornocales, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáronse de sus bestias amo y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que habia merendado aquel dia, se dejó entrar de rondon por las puertas del sueño; pero Don Quijote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podia pegar sus ojos, antes iba y venia con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecia hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oídos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones y diligencias que se habian de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues á lo que creia solos cinco azotes se habia dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban; y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: —Si nudo Gordiano cortó el Magno Alejandro, diciendo: Tanto monta cortar como desatar, y no por eso dejó de ser universal Señor de toda la Asia, ni mas ni menos podria suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase á Sancho á pesar suyo: que si la condicion deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, qué se me da á mí que se los dé él, ó que se los

dé otro, pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren. Con esta imaginacion se llegó á Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodándolas en modo que pudiese azotarle con ellas, comenzóle á quitar las cintas, que es opinion que no tenia mas que la delantera, en que se sustentaban los gregüescos; pero apenas hubo llegado, cuando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dijo:—¿Qué es esto, quién me toca y desencinta?—Yo soy, respondió Don Quijote, que vengo á suplir tus faltas, y á remediar mis trabajos: véngote á azotar, Sancho, y á descargar en parte la deuda á que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero deseando, y así desatácate por tu voluntad, que la mia es de darte en esta soledad por lo menos dos mil azotes.— Eso no, dijo Sancho, vuesa merced se esté quedo; si no, por Dios verdadero, que nos han de oir los sordos: los azotes á que yo me obligué, han de ser voluntarios y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme, basta que doy á vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme cuando en voluntad me viniere.— No hay dejarlo á tu cortesía, Sancho, dijo Don Quijote, porque eres duro de corazon, y aunque villano, blando de carnes: y así procuraba y pugnaba por desenlazarle. Viendo lo cual Sancho Panza, se puso en pié, y arremetiendo á su amo, se abrazó con él á brazo partido, y echándole una zancadilla dió con él en el suelo boca arriba: púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenia las manos, de modo que ni le dejaba rodear ni alentar. Don Quijote le decia:—¿Cómo traidor, contra tu amo y señor natural te desmandas? ¿Con quien te dá su pan te atreves?—Ni quito Rey, ni pongo Rey¹, respondió Sancho, sino ayúdome á mí que soy mi señor: vuesa merced me prometa que se estará quedo y no tratará de azotarme por agora, que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no, aquí morirás, traidor enemigo de Doña Sancha. Prometióselo Don Quijote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dejaría en toda su voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiese. Levantóse Sancho, y desvióse de aquel lugar un buen espacio, y yendo á arriarse á otro árbol, sintió que le tocaban la cabeza, y alzando las manos, topó con dos piés de persona con zapatos y calzas. Tem-

¹ Refran de origen conocido, segun las historias de Castilla, las cuales refieren que habiéndose encontrado el rey Don Pedro el Cruel, con su hermano Don Enrique en la tienda de Beltran Duguesclin, capitán Frances que habia venido en auxilio de este último, luchando los dos hermanos, cayeron en el suelo; y habiendo quedado debajo Don Enrique, Beltran les dió vuelta diciendo: *ni quito Rey ni pongo Rey, pero ayudo á mi señor.*—*Clemencin.*



bló de miedo, acudió á otro árbol y sucedióle lo mesmo. Dió voces llamando á Don Quijote que le favoreciese. Hizolo así Don Quijote, y preguntándole qué le habia sucedido y de qué tenia miedo, le respondió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de piés y de piernas humanas. Tentólos Don Quijote, y cayó luego en la cuenta de lo que podia ser, y díjole á Sancho:—No tienes de qué tener miedo, porque estos piés y piernas que tientes y no ves, sin duda son de algunos foragidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados, que por aquí los suele ahorcar la Justicia cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta, por donde me doy á entender, que debo de estar cerca de Barcelona: y así era la verdad, como él lo habia imaginado. Al amanecer alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecía, y si los muertos los habian espantado, no menos los atribularon mas de cuarenta bandoleros vivos, que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana, que estuviesen quedos y se detuviesen hasta que llegase su Capitan. Hallóse Don Quijote á pié, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y finalmente sin defensa alguna, y así tuvo por bien de cruzar las manos, é inclinar la cabeza, guardándose para mejor sazon y coyuntura. Acudieron los bandoleros á espulgar al rucio, y á no dejarle ninguna cosa de cuantas en las alforjas y la maleta traia: y avinole bien á Sancho que en una ventiera¹ que tenia ceñida venian los escudos del Duque y los que habian sacado de su tierra, y con todo eso aquella buena gente le escardara y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido, si no llegara en aquella sazon su Capitan, el cual mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, mas que de mediana proporcion, de mirar grave y color morena. Venia sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con cuatro pistoletes, que en aquella tierra se llaman pedreñales², á los lados. Vió que sus escuderos (que así llaman á los que andan en aquel ejercicio) iban á despojar á Sancho Panza: mandóles que no lo hiciesen, y fué luego obedecido, y así se escapó la ventiera. Admiróle ver lan-

¹ Faja que se ciñe al vientre; de aquí se dijo *ventrera*: trae esta voz el diccionario de la Lengua. En la primera edicion y en las demas por yerro de imprenta se decia *ventiera*.

² Eran unos arcabuces pequeños de qué usaban los foragidos, y se llamaban *pedreñales*, porque no se encendian con mecha, sino con pedernal (*Covarrubias*: V. Arcabuz.) Eran tan comunes en Cataluña, dice Don Francisco Gilabert (*Discursos sobre la calidad de su Principado*), que sus naturales se acostumbraban á su manejo desde niños, y contra su abuso se publicó una pragmática en tiempo de Roque Guinard, sobre la cual representó el referido Don Francisco.

za arrimada al árbol, escudo en el suelo, y á Don Quijote armado y pensativo, con la mas triste y melancólica figura que pudiera formar la mesma tristeza. Llegóse á él diciéndole:—No esteis tan triste, buen hombre, porque no habeis caido en las manos de algun cruel Osiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen mas de compasivas que de rigurosas.—No es mi tristeza, respondió Don Quijote, haber caido en tu poder, ó valeroso Roque, cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren, sino por haber sido tal mi descuido, que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, segun la órden de la andante caballería que profeso, á vivir continuo alerta, siendo á todas horas centinela de mí mesmo: porque te hago saber, ó gran Roque, que si me hallaran sobre mi caballo con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy Don Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe. Luego Roque Guinart conoció que la enfermedad de Don Quijote tocaba mas en locura que en valentía, y aunque algunas veces le habia oido nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que semejante humor reinase en corazon de hombre, y holgóse en extremo de haberle encontrado, para tocar de cerca lo que de lejos dél habia oido, y así le dijo:—Valeroso caballero, no os despecheis, ni tengais á siniestra fortuna esta en que os hallais, que podria ser, que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezase, que el cielo por extraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele levantar los caidos y enriquecer los pobres. Ya le iba á dar las gracias Don Quijote, cuando sintieron á sus espaldas un ruido como de tropel de caballos, y no era sino uno solo, sobre el cual venia á toda furia un mancebo, al parecer de hasta veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos y saltambarca, con sombrero terciado á la walona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas á los lados. Al ruido volvió Roque la cabeza y vió esta hermosa figura, la cual en llegando á él, dijo:—En tu busca venia, ó valeroso Roque, para hallar en tí, si no remedio, á lo menos alivio en mi desdicha, y por no tenerte suspenso, porque sé que no me has conocido, quiero decirte quien soy: Yo soy Claudia Gerónima, hija de Simon Forte tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrèllas, que asimesmo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario bando, y ya sabes que este Torrèllas tiene un hijo, que Don Vicente Torrèllas se llama, ó á lo menos se

llamaba no ha dos horas. Este pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Vióme, requebróme, escuchéle, enamoréme á hurto de mi padre, porque no hay muger, por retirada que esté y recatada que sea, á quien no le sobre tiempo para poner en ejecucion y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, él me prometió de ser mi esposo, y yo le dí la palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante: supe ayer que, olvidado de lo que me debia, se casaba con otra, y que esta mañana iba á desposarse: nueva que me turbó el sentido y acabó la paciencia, y por no estar mi padre en el lugar, le tuve yo de ponerme en el trage que ves, y apresurando el paso á este caballo, alcancé á Don Vicente obra de una legua de aquí y sin ponerme á dar quejas, ni á oír disculpas, le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y á lo que creo le debí de encerrar mas de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde envuelta en su sangre saliese mi honra. Allí le dejo entre sus criados, que no osaron ni pudieron ponerse en su defensa: vengo á buscarte, para que me pases á Francia, donde tengo parientes con quien viva, y asimesmo á rogarte, defiendas á mi padre, porque los muchos de Don Vicente no se atrevan á tomar en él desaforada venganza. Roque admirado de la gallardía, bizarría, buen talle y suceso de la hermosa Claudia, la dijo:—Ven, señora, y vamos á ver si es muerto tu enemigo, que despues veremos lo que mas te importare. Don Quijote que estaba escuchando atentamente lo que Claudia habia dicho, y lo que Roque Guinart respondió, dijo:—No tiene nadie para que tomar trabajo en defender á esta señora, que lo tomo yo á mi cargo: dénme mi caballo y mis armas, y espérenme aquí, que yo iré á buscar á ese caballero, y muerto ó vivo le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza.—Nadie dude de esto, dijo Sancho, porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no ha muchos dias que hizo casar á otro que tambien negaba á otra doncella su palabra, y si no fuera porque los encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo, esta fuera la hora que ya la tal doncella no lo fuera. Roque, que atendia mas á pensar en el suceso de la hermosa Claudia, que en las razones de amo y mozo, no las entendió, y mandando á sus escuderos que volviesen á Sancho todo cuanto le habian quitado del rucio, mandóles asimesmo que se retirasen á la parte donde aquella noche habian estado alojados, y luego se partió con Claudia á toda priesa á buscar al herido ó muerto Don Vicente. Lle-